

LOS BEAT

LOS BEAT
POESÍA DE LA REBELIÓN

SELECCIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS
MARGARET RANDALL

TRADUCCIÓN
EDELMIS ANOCETO

la noche agitada



© 2020, Editorial Escarabajo S.A.S.
Calle 87A No. 12 – 08 Apt 501
Bogotá, Colombia
Tel: +57-321-2592445
www.escarabajoeditorial.com
escarabajoeditorial@gmail.com

Los Beat
Autores varios
Margaret Randall, compiladora
Edelmis Anoceto, traductor

1. Poesía norteamericana; 2. Literatura norteamericana; 3. Margaret Randall, compiladora

© Cada poeta con sus textos
© Antología: Margaret Randall
© Traducción: Edelmis Anoceto
© Fotografía de portada: Stéphane Chaumet

© Colección: **LA NOCHE AGITADA**
© Director de la colección: Stéphane Chaumet
© Concepto de colección & edición: Stéphane Chaumet & Eduardo Bechara Navratilova
© Diseño de colección & cubierta: Stéphane Chaumet
Concepto tipográfico de la colección: Ernesto Herrera

© Primera edición en Colombia Editorial Escarabajo S.A.S, 2020.

Agradecemos a Margaret Randall y Edelmis Anoceto
por su amable autorización

ISBN: 978-958-52674-0-4

Randall, Margaret.
Los Beat/ Margaret Randall. Primera edición en Colombia Editorial Escarabajo S.A.S., 2020. 218 páginas. 15 x 24 cm.

Queda hecho el depósito de ley.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo o por escrito de la editorial, excepto en casos de citación breve en reseñas críticas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor (ley 23 de 1982). Para solicitar permiso, contacte a la editorial por correo electrónico: escarabajoeditorial@gmail.com

Introducción

En el verano de 1956 yo tenía apenas 19 años, no era más que una incipiente escritora con residencia en Albuquerque, Nuevo México, pequeña ciudad suroccidental adonde había arribado con mis padres tras dejar mi lugar de nacimiento, Nueva York. Una noche me encontraba en una fiesta con escritores, pintores y amigos –renegados sociales todos de una u otra forma– en una casa al pie de las abruptas montañas que al atardecer se proyectan rojizas hacia el este. Todos disfrutábamos y compartíamos la buena yerba local. La luz de la habitación era tenue. En medio de la quietud alguien comenzó a leer un poema de reciente publicación underground y que en todo el país iba de mano en mano y de boca en boca: “He visto las mejores mentes de mi generación destruidas por la locura, histéricos desnudos, hambrientos,/ arrastrándose por calles de negros en la madrugada, al acecho de una dosis furiosa,/ faranduleros cabezas de ángel ardiendo por la sagrada conexión celestial con el estrellado dinamo en la maquinaria de la noche”.

Era el poema “Aullido”, de Allen Ginsberg. Sus palabras se grabaron de inmediato en mi joven psiquis. Me conmocionaron profundamente, produjeron un cambio en mi vida y en mi afinidad con la literatura, alteraron mi relación con la poesía. Hasta ese momento los modelos del género para mí eran las aburridas líneas de Wordsworth y Longfellow, inculcadas por perezosos maestros, quienes me forzaron a memorizar y no a distinguir los vínculos reales de la poesía con mi propia experiencia. Esto era diferente, iluminador, poderoso. De estudiante nunca me gustó la poesía; ahora sabía que quería ser poeta. Noté que el poema había sido publicado en una edición de pequeño formato por City Lights Books, en San Francisco. Le escribí a Ginsberg, a la dirección de su editor, diciéndole que me encontraría con él en esa ciudad, en cierta esquina, cierta noche. Tuve que manejar dieciocho horas para llegar a la cita. Él no asistió.

Más tarde nos hicimos amigos. Al final de la década éramos vecinos en nuestros respectivos edificios de apartamentos del barrio Lower East Side de Nueva York, en cuyos cafés solíamos ofrecer lecturas. Luego, a mediados de los años sesenta, mientras vivía en México, fundé y dirigí junto al poeta Sergio Mondragón

la revista bilingüe *El Corno Emplumado / The Plumed Horn*. En sus páginas publicamos algunos de los poemas icónicos de Ginsberg por primera vez en español, así como piezas de otros poetas Beat.

En esa época el poeta se quedó con nosotros unos días antes de continuar viaje a Cuba, invitado por Casa de las Américas. Esa visita no tuvo un final feliz: Ginsberg no entendió las inhibiciones y protocolos de la Revolución y esta no estaba aún preparada para un espíritu salvaje e incontrolable como el del poeta. En los ochenta coincidimos en Burlington, Vermont, donde fuimos los principales lectores en un evento cultural. Mucho después, durante los noventa y los dos mil, yo impartí un taller de poesía cada verano como parte del programa de escritura que él había fundado para la Universidad de Naropa, en Boulder, Colorado.

Uno de los grandes movimientos literarios y culturales que tuvo lugar en Estados Unidos a mediados del siglo XX, y de gran influencia en la literatura más allá de sus fronteras, es el frecuentemente asociado con la Generación Beat. El término no incluye solo a poetas, o incluso a escritores, aunque estos fueron sus figuras seminales. Ginsberg, Jack Kerouac, William Burroughs, Gregory Corso y otros –todos hombres unidos por la rebeldía, si bien diferentes en cuanto a sus voces– constituyeron las figuras centrales de un movimiento que fue al mismo tiempo literario y social. Tanto por su poder de conmoción como por su esencia tomó al país y al mundo por sorpresa.

Los Beat se alzaron en respuesta a las agobiantes restricciones de la Norteamérica de la Guerra Fría, la cacería de brujas del anticomunismo macartista y la represión generalizada de la “diferencia” y la libertad de expresión típica de un rígido control oficial. Ellos no constituyeron un movimiento en el sentido político, pero encarnaron espíritus libres, aunados por un compartido rechazo de valores intolerantes y de una homogenización social impuesta: la era del “hombre del traje gris”. Muchos de ellos transitaron por el extenso mundo de la posguerra: hacia México en busca de la cultura indígena, hacia la India tras una antigua sabiduría hindú y budista, y al Perú para comer una planta alucinógena llamada yagé. Pronto grupos locales de poetas –la Generación Hambrienta en la India, los nadaístas en Colombia, El Techo de la Ballena en Venezuela, los poetas concretos en Brasil,

y otros— han asumido su espíritu para engranarlo dentro de sus propias culturas de rebelión.

En Estados Unidos el macartismo (1950-1956) se conoció como “el Segundo Terror Rojo” —el primero había tenido lugar entre 1917 y 1920 como resultado directo de la revolución rusa y el surgimiento del comunismo como fuerza política mundial. Estados Unidos temía al comunismo, lo consideraban una amenaza para su economía de libre mercado, para su capacidad de mantener las clases trabajadoras bajo su dominio y para su radio de influencia internacional. La reorganización política trajo nuevas libertades aunque también férreos controles. Quienes más padecieron fueron los artistas e intelectuales; las “listas negras” estaban a la orden del día. Se habla de “los diez de Hollywood”, o sea de los diez guionistas y directores de cine que fueron puestos en la lista negra, pero hubo muchas otras figuras perseguidas. Algunos nunca volvieron a escribir, otros lo hicieron bajo seudónimos. Hubo personas que fueron llamadas ante comités del Congreso para implicar a sus colegas; algunos mencionaron nombres, otros se reusaron. Varios escritores, artistas, profesores y maestros perdieron sus empleos y quedaron apartados de sus profesiones durante años. Algunos fueron a prisión. Miles de vidas fueron arruinadas.

La misma forma de cruda represión de la creatividad fue llevada a cabo por el régimen nazi que tomó el poder en Alemania y dominó la Europa Occidental durante los años treinta y principios de los cuarenta. En esas circunstancias pensadores y artistas, imposibilitados de emigrar, terminaron en campos de concentración, donde muchos sufrieron torturas y fallecieron. La represión se hizo sentir en todos los movimientos neofascistas que se impusieron en Sudáfrica, Indonesia, el cono sur de Latinoamérica desde los setenta hasta los ochenta. En el socialismo, aunque la libertad de expresión era una meta, las sociedades y sus artistas también se vieron en peligro debido a acciones represivas, pero lucharon por liberarse y de manera eventual lograron adaptarse. Bajo el fascismo, a no ser que los artistas estuvieran dispuestos a entonar himnos de alabanza al Estado, no había adaptación posible.

La restricción de la libertad de pensamiento siempre crea situaciones en las cuales sufren artistas e intelectuales. Pero el

espíritu humano no puede ser confinado durante mucho tiempo. Invariablemente, tales períodos dan paso a explosiones de creatividad. Los Beat encarnaron una de esas explosiones, en extremo poderosa.

Mucho se ha discutido acerca del origen del término beat. Quizás fue Marion Paul quien lo introdujo en conversación con otro escritor, John Clellon Holmes, en 1948, haciendo referencia a un movimiento de jóvenes anticonformistas que comenzaba a manifestarse en Nueva York. En la comunidad afroamericana el adjetivo significaba extenuado o derribado. Pero Jack Kerouac se apropió del término, impregnándole la nueva connotación de beatífico (“faranduleros cabezas de ángel”). Se ha pensado además que connota una acompasada energía o la asociación musical que implica estar en ritmo. Los poetas Beat marcaron su afinidad con los músicos del jazz y el blues de su tiempo. En definitiva, normalmente son los medios quienes nombran a las generaciones y los movimientos; sus miembros se hallan demasiado ocupados en la exploración de sus ideas y haciendo el arte que los define.

El movimiento Beat alzó sus múltiples voces de manera casi simultánea en Nueva York y San Francisco. En la neoyorquina Universidad de Columbia se encontraron Jack Kerouac, Allen Ginsberg y Lucien Carr, y se unieron en oposición a la docencia ejercida por profesores como Lionel Trilling y Mark Van Doren, quienes sostenían un enfoque conservador y formalista de la literatura. Carr y Ginsberg discutían acerca de una “nueva visión” (término que tomaron de Arthur Rimbaud). William Burroughs, Herbert Huncke y Carl Solomon pronto se unieron al grupo emergente.

A finales de los años cincuenta muchos artistas y escritores hicieron vida en Greenwich Village. Era un lugar acogedor, donde podían vivir holgadamente, en una gran metrópolis donde convergían culturas, filosofías y mentes creativas. En este sentido la ciudad ofrecía una mágica mezcla de tradición y espíritu renovador. Los poetas se reunían en Washington Square Park, bebían en el Cedar Bar y en el Lion’s Head, y frecuentaban clubes como San Remo, Chumley’s, Minetta Tavern y Deux Magots, en los que se leían los unos a los otros y atraían audiencias cada vez mayores. Allí conocieron a los artistas Jackson Pollock, Willem de Kooning y Franz Kline, entre otros –miembros del movimiento

expresionista abstracto que comenzaba a ganar una importante presencia en la ciudad. Una de las características de los poetas y novelistas Beat fue su trabajo cercano con artistas de otros géneros: pintores, músicos, bailarines de vanguardia e cineastas innovadores. Otro poeta de la costa del Atlántico, John Wieners, se mantuvo un tiempo apartado, pero visto de forma retrospectiva puede considerarse como parte del movimiento.

En la costa del Pacífico, se desarrollaba lo que luego se conocería como Renacimiento de San Francisco. Ginsberg había visitado a Neal y Carolyn Cassady en San José, California, en 1954, y luego ese mismo año se mudó a San Francisco. Se enamoró de Peter Orlovsky, quien sería su compañero de vida, y comenzó a escribir su poema cardinal, “Aullido”. Lawrence Ferlinghetti, otra figura central del movimiento Beat, abrió City Lights Books en 1955 y comenzó a publicar la City Lights Pocket Poets Series –esos pequeños libros de formato cuadrado y cubiertas en blanco y negro, de los cuales uno me había conmovido tanto en la fiesta en Albuquerque por aquella época. El mentor de Ginsberg en Nueva Jersey, el poeta y doctor William Carlos Williams, le había dado al joven una carta de presentación dirigida a Kenneth Rexroth, un renombrado poeta cuya tertulia ofrecía los viernes en la noche un espacio para las nuevas voces.

Aunque quizás fuera la más afamada, City Lights Books estaba lejos de ser la única casa editora importante de la época. Pequeñas imprentas y revistas independientes florecieron en todo el país, ciertamente en todo el mundo. Los editores intercambiaban suscripciones de sus publicaciones, y de esa manera los poetas de aquí conocieron a sus homólogos de otros lugares. La independencia era un lema: independencia de la academia, de la oficialidad, de todo tipo de control que pudiera amenazar la autenticidad de espíritu.

La lectura en la Six Gallery, el 7 de octubre de 1955, fue esencial. Philip Lamantia, Michael McClure, Philip Whalen, Ginsberg y Gary Snyder leyeron obras nuevas ante un centenar de personas (incluido Kerouac, quien acababa de arribar de una estancia en Ciudad de México). Esta fue la lectura que dio a conocer “Aullido” en el mundo: Ginsberg recitó la recién terminada primera parte del poema. Ferlinghetti publicó la obra completa en 1956, y el juicio por obscenidad a que fue sometida llamó la atención de

la nación y del mundo. Eran los días oscuros de impune censura literaria en Estados Unidos; las obras de Ginsberg, Burroughs, Henry Miller, Wilhelm Reich, Lawrence Durrell, D. H. Lawrence y otros se catalogaron de inadecuadas para el consumo público y fueron llevadas a juicio. Mentas estrechas bautizaron sus obras de repulsivas, indignas e inapropiadas para la sensibilidad de los incólumes lectores norteamericanos. Los editores y sus abogados alegaron que se hallaban protegidos por el derecho a la libertad de expresión establecida en la Constitución. Una sucesión de victorias transitó un largo camino hacia la liberación de la literatura de la censura oficial –aunque permanecen muchas formas de censurar voces establecidas con anterioridad, y toda sociedad, ya sea capitalista o socialista, tienen sus propios métodos para silenciar escritores y artistas que desafían la anquilosada seguridad de su statu quo.

Surgieron grupos de poetas Beat en otras regiones del país: en el noroeste e incluso en zonas generalmente más conformistas del medio oeste y el sur. Reed College, en Portland, Oregón, fue por un tiempo un punto focal: Snyder y Whalen estudiaron en ese centro, y Ginsberg realizó lecturas allí durante 1955 y 1956.

Algunos de los mencionados –en especial Ginsberg, Kerouac, Ferlinghetti, Gregory Corso, LeRoy Jones (que luego adoptó el nombre de Amiri Baraka), Burroughs, Snyder, Wieners, McClure y Whalen– se convirtieron en importantes referencias entre los escritores norteamericanos de su tiempo. Otros, como Carl Solomon, Neal Cassady y Herbert Huncke, ganaron fama o notoriedad debido a su influencia en la vida y en la obra de reconocidos escritores. Sus nombres aparecieron en poemas y novelas. Más que simples escritores, fueron musas.

Y entonces aparecieron las mujeres. Los años cincuenta fue un período duro para ellas, particularmente para las que tenían algo que decir. Mientras los hombres eran llamados a la guerra, las mujeres habían tomado sus puestos en las fábricas, en las granjas, incluso en los negocios. Ahora debían ser removidas de esos empleos para dejar espacio a los hombres que retornaban de los campos de batalla. La imagen de la mujer hogareña, sirvienta y servil al marido, cargada de hijos, regía la Norteamérica de la posguerra. Aquellas que determinaron romper con esos roles enfrentaban una difícil lucha. Por muchos años habían sido

consideradas como amantes o amigas, y en el mejor de los casos, como figuras periféricas en un mundo con predominio patriarcal.

Sin embargo, hay varias poetas que ahora se reconocen como figuras centrales del movimiento Beat. Fueron particularmente notables las obras de Diane DiPrima, Hettie Jones, Lenore Kendal, Joyce Johnson, Anne Waldman, Ann Charters, Patti Smith y Janine Pommy Vega. Helen Adam, quien abre esta antología debido a su fecha de nacimiento, es considerada unas veces como una poeta Beat y otras como precursora de la corriente; nació en Escocia y emigró a San Francisco, donde tuvo una vida activa dentro del movimiento. Mi propia obra poética sostiene estrechos vínculos con los Beat, quienes fueron mis vecinos y amigos, si bien mis raíces también se ligan a otras corrientes poéticas como Black Mountain y Deep Image. En algunas ocasiones se me cataloga como una poeta Beat, en otras no.

Entre las poetas mujeres, DiPrima, Jones, Smith, Waldman y Pommy Vega llevan el mayor peso literario –tan poderoso como el de cualquier poeta hombre– y cuando pensamos en lo que ellas han tenido que luchar para hacerse escuchar, el hecho de haber creado tan relevante cuerpo poético conlleva una significación agregada. Debido a la discriminación de género que enfrentaron, incluso las más talentosas poetas obtuvieron su reconocimiento algo después que sus homólogos masculinos. Y muchas tuvieron un triste final. Elise Cowan se quitó la vida en 1963. Janine Pommy Vega, quien dejó su lugar de nacimiento en Nueva Jersey a los dieciséis años para cruzar el río y vivir con Ginsberg y Orlovsky en Nueva York, murió en 2010 a causa de una enfermedad que nunca le impidió escribir. Otras sobrevivieron a fuerza de talento y voluntad. Aparte de su brillo como poeta, Anne Waldman viajó con Ginsberg a la India, Perú y otros sitios, y en la actualidad dirige la Escuela de Poéticas Descorporizadas Jack Kerouac, en la Universidad de Naropa, en Boulder, Colorado, programa de escritura de inspiración budista que Ginsberg fundó y condujo hasta su muerte en 1997.

Los Beat tuvieron como referencia a sus antepasados norteamericanos Henry David Thoreau, Ralph Waldo Emerson, Herman Melville, Walt Whitman, Hart Crane, Emily Dickinson, H. D., William Carlos Williams y Ezra Pound; al visionario inglés William Blake, a los simbolistas y surrealistas franceses

Charles Baudelaire, Arthur Rimbaud, Guillaume Apollinaire, Andre Breton, Antonin Artaud; o al marginado social Jean Genet. Admiraron al novelista francés Louis-Ferdinand Céline y al brillante escritor afronorteamericano James Baldwin. Corso halló inspiración en Percy Bysshe Shelly. Ejercieron influencia en Norman Mailer y viceversa.

Algunos fueron seguidores de Gertrude Stein, Marcel Proust, Ernest Hemingway y Thomas Wolfe. Las religiones orientales tuvieron en muchos un gran peso. No pocos exploraron los mundos de la demencia y el crimen, los cuales a mediados del siglo pasado eran vistos por la oficialidad desde una perspectiva estrecha y moralista. Los Beat a menudo eran considerados como ilegales, y en efecto algunos lo fueron. Ray Bremser fue un poeta Beat que estuvo en prisión más de la mitad de su adultez por robo a mano armada. Las experiencias de Carl Solomon en el sanatorio mental de Rockland están explícitas en el poema “Aullido”, de Ginsberg. De gran importancia fueron las drogas para la apertura de la mente; muchos poetas y escritores Beat experimentaron con alcohol, marihuana, hachís, bencedrina, morfina y sustancias psicodélicas como peyote, yagé y LSD. Consideraban que estas drogas los liberaban de las restricciones sociales y los ponían en contacto con una conciencia primitiva.

Entre los Beat existía un amplio espectro sexual. De forma solapada expusieron una continuidad que es hoy reconocida como inevitable por muchos expertos en sexología. Un buen número de poetas masculinos se identificaron como homosexuales o bisexuales. Las mujeres eran más propensas a practicar el amor libre y a ser madres solteras; su proyección sexual fue menos pública. La sexualidad y la identidad sexual eran flexibles entre estos escritores en un momento en que pocas personas en el país admitían otra cosa que no fuera los estándares heterosexuales y anti-sodomitas establecidos como leyes escritas en todos los estados. Ginsberg fue un temprano exponente de la apertura gay, y trabajó tanto de manera legal como cultural contra la discriminación prevaleciente. Su actividad contemplaba además una posición anticapitalista y antibelicista. Ferlinghetti permanece como uno de los poetas Beat de contenido político más directo, con varias piezas importantes de protesta contra el gobierno estadounidense. El movimiento Beat, en esencia, surge

en oposición al consumismo capitalista, la hipocresía social y el lucro empresarial.

¿Qué caracteriza, en términos literarios, la poesía Beat? En primer lugar, su ruptura con lo convencional. Los poetas mayores, como Ginsberg, con frecuencia (si bien no siempre) componían versos largos con un complejo ritmo interno y una creciente energía explosiva. William Carlos Williams se había referido al “pie variable” y los Beat lo aceptaron como reto. Hay quien compara algunos de los grandes poemas Beat con un grito primitivo. Un amplio y profundo conocimiento de los clásicos de todas las latitudes se hace evidente en muchas de sus obras (aunque poetas callejeros, quienes posiblemente no leyeron la literatura que los precedió, también se inscriben en el movimiento).

De manera espontánea se hace palpable un rasgo; con frecuencia se cita la sentencia de Ginsberg: “primer pensamiento, mejor pensamiento”; esto significa que lo primero que nos viene a la mente es generalmente lo más auténtico. Ningún tema o experiencia estaba excluido: la homosexualidad, las alucinaciones causadas por las drogas y la aguda desaprobación de las políticas dominantes asomaban en muchos de los poemas. A ello se añade el hecho de que la mayoría de los mejores versos eran compuestos para ser recitados, enfatizando el origen oral de la poesía; laten en la página pero también en múltiples recuerdos de lecturas y performances que situaron el género en la esfera pública. La línea delirante siempre estaba presente, un legado con ascendencia en la experiencia psicodélica y también en la tradición visionaria de Blake o en el om perteneciente a la práctica tántrica. El recurso de la repetición era usado para crear intensidad o para acortar la distancia entre poeta y el oyente o lector. Sin embargo, de alguna forma los grandes poetas Beat se diferenciaban estilísticamente entre sí, su calificación debe asociarse más a una perspectiva histórica que a una manera específica de escribir. Ferlinghetti nació en 1919 y Patti Smith en 1946, por lo que, dicho con propiedad, ni siquiera estamos refiriéndonos a poetas pertenecientes a una misma generación.

En fin, en relación con el contenido y la forma, el rango es amplio. Los poemas más significativos de Ginsberg son extensos y ampulosos, mientras que los de Corso son más íntimos; Snyder se preocupa por los temas ecológicos y de la tierra, Whalen muestra

interés por la iluminación espiritual, Baraka fue absorbido por la confrontación del racismo, “Blues de Ciudad de México” de Kerouac imita el complejo ritmo del jazz, mientras que Di Prima y Jones cargan sus visiones feministas con profunda pasión y experiencias cotidianas. Muchas formas poéticas afloraron, tanto clásicas como nuevas.

Como es conocido, poetas de muchas latitudes han hallado inspiración en los Beat, y movimientos afines con sus propias raíces culturales han emergido desde la India hasta México, de Inglaterra a Nicaragua, de Cuba a Japón y en casi todos los rincones del mundo donde jóvenes poetas se rebelan contra intolerantes *statu quo*. Los Beat sintieron curiosidad por sus semejantes, y poetas con pocos recursos hallaron maneras económicas de viajar y comunicarse en un mundo donde Internet aún pertenecía a un futuro lejano. Incluso las llamadas de larga distancia estaban fuera del alcance de muchos poetas. Desfasados servicios postales llevaban cartas de un lugar a otro. En Ciudad de México, los envíos destinados a *El Corno Emplumado* con frecuencia tardaban varios meses en llegar desde Nueva York, Buenos Aires o Helsinki.

Casi inmediatamente piezas como los poemas “Aullido” y “Kaddish” de Ginsberg, como las novelas *El almuerzo desnudo* de Burroughs y *En el camino* de Kerouac, fueron traducidas a una docena de idiomas y leídas por millones de personas; y ya han sido estudiadas por generaciones de investigadores de la literatura. Más recientemente, historiadores y sociólogos se interesan por esos escritores que subvirtieron el lenguaje y sus parámetros sociales; conferencias académicas, libros y largometrajes trazan la historia de los Beat. Exposiciones y encuentros han tenido lugar en innumerables ciudades del mundo en las últimas décadas.

Uno de las más interesantes fue “Beat & Beyond”, un encuentro de poetas realizado en Nueva York en mayo de 2016, que tuvo como anfitriones a Bob Holman (de Beat Poetry & Science) y a Jane Friedman (de Howl! Happening). Participaron Hettie Jones, Michael McClure, David Amram, Steve Cannon, Steven Taylor, David Henderson, Len Chandler, Jerome Rothenberg, Ed Sanders, Ann Charters y yo, entre otros. Como muchos de los que aún vivimos pasamos los ochenta, los organizadores del evento tuvieron la gentileza de hospedarnos solo a unas cuerdas de los

lugares en que se realizaron todas las acciones. Solo teníamos que caminar despacio de un lugar al otro, reservando nuestra energía para visitar la historia. Los recuerdos nos ruborizaron como a jóvenes enamorados.

Muchos de los miembros más importantes del movimiento ya no están, naturalmente, pero todos los que permanecemos con vida fuimos invitados. Ferlinghetti, con 97, era ya muy anciano para viajar, así como Diane DiPrima y Joanne Kyger, quienes estaban muy enfermos. Pero participamos la mayoría de los que aún están entre nosotros. Recreamos la lectura de 1955 en la Six Gallery, con Michael McClure interpretando a Philip Lamantia y Hettie Jones a Ginsberg. Cientos de personas recitaron al unísono “Aullido” y “Kaddish”. El último secretario personal de Ginsberg, Bob Rosenthal, leyó un par de capítulos de unas memorias que revelan detalles de los últimos años del poeta. Fotografías de hoy y de ayer se reciclaban continuamente en las paredes de la galería, y se exhibieron excelentes filmes. Se efectuaron lecturas, paneles, conciertos y otros eventos. Tres libreros de los años setenta hablaron de la importancia de sus colecciones para sus comunidades; ellos no eran simples vendedores, sino además proveedores de espacios de amparo y encuentros para aquellos poetas y artistas con esa necesidad de acogida “hogareña”. Viejos y nuevos talentos se fusionaron. Recordamos a los amigos que ya no están. Algunas copias de los primeros impresos estuvieron a la mano, las que hojeamos con reverencia.

En cuanto a la identidad literaria, los Beat con el tiempo dieron paso a otras tendencias. La llamada Language Poets produjo obras más asequibles a la oficialidad y la academia. De manera simultánea se popularizaron el hip hop y el rap. El performance ganó auge, incluso entre muchos poetas establecidos, y se impuso la era de los slams. Pero los mejores entre los Beat dejaron huellas imborrables en la literatura norteamericana.

Casi siempre los movimientos literarios son paralelos a los sociales. De manera dialéctica, la literatura emerge de los cambios sociales e influye sobre estos. En términos sociales, la rebelión Beat fue la cuna de los hippies, un movimiento mucho más amplio de jóvenes que vivían en comunas, a veces “regresaban a la tierra” y cultivaban sus propios alimentos, compartían sus bienes, dieron la espalda a los estilos de vida acomodados,

“desertaron y sintonizaron”, “hicieron el amor y no la guerra”, y de forma general rechazaron el mundo de sus padres, el cual los había conducido a una especie de exterminio. Se conocieron como los “niños floreados”.

Los jóvenes de actividad política más abierta marcharon al sur a mediados de los sesenta para luchar por los derechos de los afroamericanos. Protestaron masivamente contra la guerra de Vietnam. Emergieron movimientos feministas y de liberación gay, cambiando la consciencia del país. Cuando el SIDA comenzó a diezmar la comunidad gay, el arte que surgió como respuesta asumía una literatura de abierto desafío a las normas heterosexuales, y un masivo y variopinto edredón llenó y desbordó la Explanada Nacional en Washington DC. Aún crece, y continúa siendo la obra de arte más extensa del mundo. Cada recuadro, manufacturado, se dedica a una persona fallecida a causa de la enfermedad.

Organizaciones políticas como Weatherman y Black Panthers, así como agrupaciones de norteamericanos nativos y de chicanos aparecieron en escena; algunas involucradas en la lucha armada. En los medios masivos fueron tildados de violentos y peligrosos aunque muchas de sus acciones eran en defensa de su propia soberanía y por el bienestar de su comunidad; sus clínicas, escuelas y programas de desayuno gratuito ayudaron a aliviar poblaciones dramáticamente desatendidas. La manera en que el clasismo, el racismo y la homofobia estratifican y diezman la sociedad norteamericana estuvo en tela de juicio públicamente, con empuje de diferentes sectores. Estos factores también estuvieron presentes en la literatura, incluida la poesía.

Décadas después, este panorama político ha derivado en movimientos como Occupy y Black Lives Matter, esgrimiendo el estandarte de la oposición organizada contra la violencia de estado y la política exterior imperialista de Estados Unidos. Cada uno de estos movimientos usa el arte –carteles, murales, teatro callejero, música de protesta y poesía– a servicio de su causa. En vísperas de la administración neofascista, racista, misógina, del gran capital y anti-emigrante de Donald Trump, resultará interesante ver cómo reaccionarán los jóvenes y artistas. Varias antologías poéticas se alistaron para coincidir con la toma de posesión del 20 de enero de 2017.

Entre estos movimientos, literarios y políticos, diría que los Beat han tenido el efecto más profundo y duradero en las letras norteamericanas. Ellos echaron por tierra la suposición de que los poetas solo podían escribir sobre ciertos temas, demostrando que todo es materia prima para la literatura. Ellos trascendieron la academia, llevando la poesía a millones de personas y alentando a muchos a escribir sus propios poemas. Crearon y alimentaron una oralidad norteamericana e influenciaron poetas sin distinción de fronteras.

Al preparar esta antología de la poesía Beat para los lectores hispanoamericanos, he incluido una representativa selección de hombres y mujeres, así como a poetas de diferentes regiones del país. Al leerlos, el lector no solo captará el sentido de las diferentes voces, sino además de la comunidad que representan, como se relacionan los poetas entre sí, y las muchas fuentes de que se nutren. En estas obras los poetas se hablan tanto unos a otros como a un público lector. Como en toda antología, mis propios prejuicios se hacen evidentes, pero he tenido en cuenta tendencias y temas, enfoques y estilos.

Lo que caracterizó a los Beat fue la reacción a un hipócrita sistema de valores y a la moralidad imperante a mediados del siglo XX (concerniente tanto a la literatura como a lo político y lo social), la renuncia a someterse a una poética establecida, la osadía estilística y la inventiva en el plano lingüístico. Demandaron la libertad de crear un nuevo tipo de expresión norteamericana a partir del lenguaje de la calle, los desfavorecidos y desamparados: los marginados sociales. Esta expresión, en toda su riqueza y variedad, produjo una literatura sin precedentes y sin equivalente hasta nuestros días. Han aparecidos poetas que de forma individual han reunido cualidades semejantes aquí y allá, pero como grupo, los Beat fueron únicos. Creo que los lectores de este libro se formarán una abarcadora idea acerca de lo que fue el movimiento Beat y de la literatura que legó, una literatura que aún hace eco en los versos que hoy se escriben en muchas regiones del mundo.

Margaret Randall, Albuquerque, invierno del 2017

Sobre la traducción

Al ya complejo y arriesgado ejercicio que es la traducción de poesía se suman dificultades extras en el caso de los poetas Beat. La primera de ellas radica, sin duda como elemento dominante, en la apropiación en sus discursos de las diferentes jergas habladas en Estados Unidos, principalmente en Nueva York y San Francisco. Muchos términos y frases pertenecientes a estas jergas fueron de poca perdurabilidad y no aparecen recogidos; en este sentido ha sido invaluable la ayuda de la antologadora. A esa primera dificultad se añade el uso recurrente de neologismos, localismos, diferentes tipos de invenciones y rupturas lexicales (Bremsler, Kerouac, Corso), acrónimos, contracciones gramaticales..., que en la mayoría de los casos no hallan equivalente en español; estos, aunque no son imprescindibles a la hora de captar la esencia del sentido poético de los textos, son una muestra del estilo escritural que caracterizó a estos autores.

Muchos de estos poetas no tuvieron una formación en las letras, algunos abandonaron la enseñanza tempranamente, por lo que en sus originales se nota una escritura descuidada, que se caracteriza por faltas sintácticas, empleo de variaciones ortográficas de palabras (oney por only, whut por what, enuf por enough, mistory por mystery...), el uso libérrimo de mayúsculas, tratamientos tipográficos y signos de puntuación (muchos poemas concebidos con signos de puntuación concluyen sin punto final, por ejemplo). Por último, y de manera general, la poesía de estos autores apela al inconsciente y al delirio verbal característico del estado provocado por el uso de estupefacientes, así como al desenfreno “discordante” de la música jazz, es por ello que abundan los pasajes que rozan la ilegibilidad (Ginsberg, Orlovsky).

Ante la polisemia, ante las muchas interpretaciones que ofrecen las palabras, las imágenes, el poema, al traductor de poesía solo le es dado “filtrar” una –más allá de un pertinente calco lingüístico–, aquella que le dicta su experiencia, su temperamento y su emoción. Estas versiones, al mismo tiempo que tratan de verter al español

la peculiaridad de cada una de las voces poéticas que integran la antología, pretenden como conjunto una meta mayor: transmitir al lector hispanoamericano el pensamiento, la proyección cultural y la manera trascendente de enfrentar la vida que encarnaron los poetas del movimiento Beat.

Edelmis Anoceto

HELEN ADAM (1909-1993)

HELEN ADAM nació en Glasgow, Escocia, en 1909 y murió en la ciudad de Nueva York, en 1993. Se asoció a los Beats en los años cincuenta en San Francisco. Cultivó además el collage y la fotografía. Sus poemas son rítmicos y muchos se asemejan a las baladas escocesas. Generalmente se le considera como una precursora de los Beats. Muchos integrantes del movimiento quedaron desconcertados por su estilo, pero su carga de locura los apasionó. Adam ganó el Premio Nacional del Libro en 1981.

BALADA DEL YONQUI TRISTE

Buscando un día el amor,
un día de pleno verano,
de los suburbios de Long Island
me fui al Lower East Side.
Por encima del rugido del tren
entoné mi canción,
hacia mí viene una cucaracha
pero no puede arruinar mi sueño.
¡Amor!, ¡amor! y l.s.d.
que no podrá arruinar mi sueño.
Luz azul de luna en Tompkins Square.
“Deserta, sintoniza, conéctate”.
El pueblo ya en torno mío,
y atrás quedó Long Island.
En una habitación de la Calle Cuarta
pronto le doy la bienvenida
a la rata que ama el ocaso,
y a la cuca de ligeras patas.
¡Amor!, ¡amor!, al atardecer,
la rata gris y la cuca.
Siempre estoy donde la acción.
Me vuelo todo el día.
Mientras juegan los suburbanos
en los campos de tenis de Long Island.
¡Y yo nací suburbano!
¿Quién lo iba a creer?
Ninguna chica que me haya visto
haciendo el amor con la cucaracha y la rata.
¡Es puta!, por la heroína o la metanfetamina
para activar el meneo.
Las ratas suben por la pata de mi pantalón
mientras las cucas comparten mi cena.
Ratas y cucas me acarician
en lo oscuro cuando hace calor.
¡Amor!, ¡amor!, siempre mezclan lo mismo
Anfetamina y Mariguana.

Primero la rata, luego la cuca,
o ambas quieras o no.
No podré hallar una dosis esta noche
y me podriré hasta la médula.

Adiós sublime Tompkins Square,
no puedo quedarme más.
Dos golpes de heroína y me pondré en camino.
Que me entierren las ratas y las cucas.
Lo harán con emoción,
al pasar por Verrazano Bridge
hacia Golden Gate,
por todo el continente.
Allá han de tenderme,
en las cunetas de Haight Ashbury,
para alarmar a los transeúntes,
y hasta que digan los turistas,
“¡hermano, este murió en nota!”
Que las colas de las ratas escriban mi epitafio,
“¡hermano, este murió en nota!”

LA SEÑORITA LAURA

Black, black, black, is the colour of my true love's hair.

CANCIÓN TRADICIONAL

“El negro es el color de la piel de mi amor.
Muchacha blanca, hombre negro, ¿cuál es el pecado?”
Dulces palabras murmuradas por la señorita Laura.
¡Los fuegos de la muerte por todo el sur aullando!
Por la avenida cabalgan los caballeros.
Quieren que la señorita Laura sea su prometida.
Las mujeres bonitas no crecen en los árboles.
Los ricos, los pobres, todos de rodillas.
Los ricos, los pobres, pero todos blancos.
Señorita Laura, tan fina como la luz matinal,
¿a quién escogerás para ir a la cama?
“Al negrito parado junto a mi caballo”.
Antiguas avenidas, fantasmas de lo oscuro.
La señorita Laura cabalga con el mozo negro,
despacio bajo ramajes con musgo,
hacia el río revuelto que la noche desborda.
Sus caballos conducen a la puesta del sol,
junto al Savannah, donde se calman las olas.
Escucha lo que ella susurra con su voz apagada,
y dime si en verdad el hombre tiene elección.
¡Oh!, dime si en verdad el hombre tiene elección.
“Mira, dulzura mía, las aguas del Savannah,
correrán incluso cuando ya estemos muertos.
Amantes que marchamos hacia la luz futura,
no nos importa si somos blancos o negros.
¡Oh!, ¡no nos importa si somos blancos o negros!
Ámame, dulzura, donde corre el Savannah.
Ámame desnuda. Tira mis ropas.
Mi cuerpo está abierto y te deseo dentro.
El negro es el color de la piel de mi amor”.
Al amanecer, cuando llegaron los blancos,
corriendo en bandadas y llevando antorchas.
Ella sintió su tropel, gritó y luego dijo

“El negro me forzó a acostarme en su lecho,
forzó a la señorita Laura a acostarse en su lecho”.
Encendieron la pira y las llamas se elevaron,
y él clamó “señorita Laura” con su último aliento.

Para ella fue la mirada postrera de sus ojos.
¡Antes de que el fragor de la quema subiera hasta el cielo!
¡El fragor de quema de un negro subiera hasta el cielo!
La señorita Laura habla y no puede calmarse.
De sus bellos labios brotan palabras de amor.
Hablando, hablando, con su lengua de fuego
que nunca se cansa de decir su pasión.
Gente que pasa por la orilla del río
cuando el rojo sol está por ponerse,
bajo las ramas que el musgo cubre lento,
escuchen a la señorita Laura decir con voz apagada.
“Ámame, dulzura, donde corre el Savannah.
Ámame desnuda. Tira mis ropas.
Mi cuerpo está abierto y te deseo dentro.
¡El negro, el negro, el negro es el color
de la piel de mi amor!”.